

nunca vuelve las nalgas á los dioses, sino va siempre barriendo cara tras. Con tan pocos ornamentos y aparejo hacia la carnicería que después oíréis.

De los dioses mejicanos.

Ya puse la hechura y grandeza de los templos, cuando conté la magnificencia de Méjico; aquí diré solamente que los tenían siempre muy limpios, blancos y bruñidos, y los altares muy adornados y ricos. Colgaban de las paredes cueros de hombres sacrificados, embutidos de algodón, en memoria de la ofrenda y cautiverio que dellos había hecho el Rey; mas cuanto los templos eran limpios, tanto estaban sucios los ídolos, de la mucha sangre que continuamente les echaban y de la goma que les pegaban. No había número de los ídolos de Méjico, por haber muchos templos, y muchas capillas en las casas de cada vecino, aunque los nombres de los dioses no eran tantos; mas empero afirman pasar de dos mil dioses, que cada uno tenía su propio nombre, oficio y señal; como decir Ometochtli, dios del vino, que preside á los convites, ó causa que haya vino; tiene sobre la cabeza uno como mortero, donde le echan vino cuando celebran su devota fiesta, y celebranla muy á menudo y como el santo lo manda. A la diosa del agua, que dicen Matlalcué, visten camisa azul, que es el color de agua. A Tezcatlipuca ponían anteojos, porque siendo la providencia, debía de mirarlo todo. En Acapulco había ídolos con gorras como las nuestras; adoran el sol, el fuego, la agua y la tierra, por el bien que les hacen; adoran los truenos, los relámpagos y rayos, por miedo; adoran á unos animales por mansos y á otros por bravos, aunque no sé para qué tenían ídolos de mariposas; adoraban la langosta porque no les comiese los panes; las pulgas y mosquitos porque no los picasen de noche, y las ranas porque les diese peces. Y aconteció á unos españoles que iban á Méjico, en un pueblo de la laguna, que pidiendo de comer otra cosa que pan, les dijeron que no tenían peces después que su capitán Cortés les llevó su dios del pescado; y era porque entre los ídolos que les derribó, como hacía en cada lugar, estaba el de la rana; á la cual tenían por diosa del pescado, que cantando los convidaba á ello. Si la respuesta fué de lo creer así, simples eran; mas si fué de maliciosos, gentilmente se excusaron de darles á comer. Quizá adoraban la rana porque, siendo todos los otros peces mudos, ella sola parece que habla.

Cómo el diablo se aparece.

Hablaba el diablo con los sacerdotes, con los señores y con otros, pero no á todos. Ofrecían cuanto tenían al que se le aparecía; aparecíaseles de mil maneras, y finalmente, conversaba con todos ellos muy á menudo y muy familiar, y los bobos tenían á mucho que los dioses conversasen con los hombres; y como no sabían que fuesen demonios, y oían de su boca muchas cosas antes que aconteciesen, creían cuanto les decían; y porque él se lo mandaba, le sacrificaban tantos hombres, y le traían pintado consigo de tal figura, cual se les mostró la primera vez; pintábanle á las puertas, en los bancos y en cada parte de la casa; y como se les

aparecía de mil trayes y formas, así lo pintaban de infinitas maneras, y algunas tan feas y espantosas, que se maravillaban nuestros españoles; pero ellos no lo tenían por feo. Creyendo pues estos indios al diablo, habían llegado á la cumbre de crueldad, so color de religiosos y devotos; y éranlo tanto, que antes de comenzar á comer, tomaban un poquillo, y lo ofrecían á la tierra ó al sol; de lo que bebían, derramaban alguna gota para dios, como quien hace salva; si cogían grano, fruta ó rosas, quitábanle alguna hojuela antes de olerla, para ofrenda; el que no guardaba estas y semejantes cosillas, no tenía á dios en su corazón, y como ellos dicen, era mal criado con los dioses.

Desollamiento de hombres.

De veinte en veinte días es fiesta festival y de guardar, que llaman tonalli, y siempre cae el día postrero de cada mes. Pero la mayor fiesta del año, y donde mas hombres se matan y comen, es de cincuenta y dos en cincuenta y dos años. Los de Tlaxcallan y otras repúblicas celebran estas fiestas, y otras muy solemnes, de cuatro en cuatro años.

El postrer día del mes primero, que llaman tlacaxipeualiztli, matan en sacrificio cien esclavos, los mas cativos de guerra, y selos comen. Juntábase todo el pueblo al templo. Los sacerdotes, después de haber hecho muchas ceremonias, ponían los sacrificados uno á uno, de espaldas sobre la piedra, y vivos los abrían por los pechos con un cuchillo de pedernal; arrojaban el corazón al pié del altar como por ofrenda, untaban los rostros al Vitelopuchli, ó á otro con la sangre caliente, y luego desollaban quince ó veinte dellos, ó menos, segun era el pueblo y los sacrificados; revestíanse los otros tantos hombres honrados, así sangrientos como estaban; ca eran abiertos los cueros por las espaldas y hombros; cosíanse los que viniesen justos, y después bailaban con todos los que querían. En Méjico se vestía el rey un cuero destes, que fuese de principal cativo, y regocijaba la fiesta bailando con los otros desfrazados. Toda la gente se andaba tras él por verle tan fiero, ó como ellos dicen, tan devoto. Los dueños de los esclavos se llevaban sus cuerpos sacrificados, con que hacían plato á todos sus amigos; quedaban las cabezas y corazones para los sacerdotes; embutían los cueros de algodón ó paja, y ó los colgaban en el templo, ó en palacio, por memoria; mas esto era habiéndolo prendido el Rey, ó algun tecuilli; iban al sacrificadero los esclavos y cativos de guerra con los vestidos ó divisa del ídolo á quien se ofrecían; y sin esto, llevaban plumajes, guirnaldas y otras rosas, y las mas veces los pintaban ó emplumaban, ó cubrían de flores é yerba. Muchos dellos, que mueren alegres, andan bailando, y pidiendo limosna para su sacrificio por la ciudad; cogen mucho, y todo es de los sacerdotes. Cuando ya los panes estaban un palmo altos, iban á un monte que para tal devoción tenían diputado, y sacrificaban un niño y una niña de cada tres años, á honra de Tlaloc, dios del agua, suplicándole devotamente por ella si les faltaba, ó que no les faltase. Estos niños eran hijos de hombres libres y vecinos del pueblo; no les sacaban los corazones, sino

degollábanlos. Envolvíanlos en mantas nuevas, y enterábanlos en una caja de piedra.

La fiesta de Tozoztli, que ya los maizeles estaban crecidos hasta la rodilla, repartían cierto pecho entre los vecinos, de que compraban cuatro esclavitos, niños de cinco hasta siete años, y de otra nacion. Sacrificábanlos á Tlaloc porque lloviese á menudo; cerrábanlos en una cueva que para esto tenían hecha, y no la abrían hasta otro año. Tuvo principio el sacrificio destes cuatro moachos, de cuando no llovió en cuatro años, ni aun cinco, á lo que algunos cuentan; en el cual tiempo se secaron los árboles y las fuentes, y se despobló mucha parte desta tierra, y se fueron á Nicaragua.

El mes y fiesta de Hueitozotli, estando ya los panes criados, cogía cada uno un manojito de maíz, y venían todos á los templos á ofrecerlo con mucha bebida, que llaman atulli, y que se hace del mismo maíz, y con mucho copalli para sahumar los dioses que crían el pan. Bailaban toda aquella noche, y ni sacrificaban hombres ni hacían borracheras.

Al principio del verano y de las aguas celebran una fiesta que llaman Tlaxuchimaco, con todas las maneras de rosas y flores que pueden; ofrécenlas en el templo, enguirnaldando los ídolos con ellas. Gastan todo aquel día bailando. Para celebrar la fiesta de Tecuilhuithl se juntaban todos los caballeros y principales personas de cada provincia, á la ciudad que era la cabeza; la vigilia en la noche vestían una mujer de la ropa é insignias de la diosa de la sal, y bailaban con ella todos. En la mañana sacrificábanla con las ceremonias y solemnidad acostumbrada, y estaban el día en mucha devoción, echando incienso en los braseros del templo. Ofrecían y comían grandes comidas en el templo el día de Teutleco, diciendo: «Ya viene nuestro dios, ya viene.» Debía ser que llamaban al diablo á comer con ellos.

Los mercaderes, que tenían templo por sí, dedicado al dios de la ganancia, hacían su fiesta en Micailhuitl, matando muchos esclavos comprados; guardaban fiesta, comían carne sacrificada, y bailaban.

Solemnizaban la fiesta de Ezalcoaliztli, que tambien era consagrada á los dioses del agua, con matar una esclava y un esclavo, no de guerra, sino de venta. Treinta días ó mas antes de la fiesta ponían dos esclavos, hombre y mujer, en una casa, que comiesen y durmiesen juntos como casados, y llegado el día festival, vestían á él las ropas y divisa de Tlaloc, y á ella las de Matlalcué, y hacíanles bailar todo el día, hasta la media noche, que los sacrificaban; no los comían como á otros, sino echábanlos en un hoyo que para esto tenía cada templo.

La fiesta Uchpaniztli sacrificaban una mujer; desollábanla, y vestían el cuero á uno; el cual bailaba con todos los del pueblo dos días arreo, y ellos ataviábanse muy bien de mantas y plumajes.

Para la fiesta de Quechollí salía el señor de cada pueblo con los sacerdotes y caballeros á caza, para ofrecer y matar todo lo que cazasen, en los templos del campo. Llevaba gran repuesto y cosas que dar á los que mas fieras tomasen, ó mas bravas fuesen, como decir leones, tigres, águilas, víboras y otras grandes sierpes; toman

las culebras á manos, y mejor hablando, á piés; porque se atan los cazadores la yerba picieth á los piés, con la cual adormecen las culebras; no son tan enconadas ni ponzoñosas como las nuestras, sino son las de Almería. Toman eso mesmo las culebras del cascabel, que son grandes, tocánolos con cierto palo. Sacrificaban este día todas las aves que tomaban, desde águilas hasta mariposas; toda suerte de animalías, de león á ratón, y de las que andan arrastrando, de culebra hasta gusanos y arañas; bailaban, y volvíanse al pueblo.

El día de Hatamuztli guardaban la fiesta en Méjico entrando en la laguna con muchas barcas, y anegando un niño y una niña metidos en una acalli, que nunca mas pareciesen, sino que estuviesen en compañía de los dioses de la laguna. Comían en los templos, ofrecían muchos papeles pintados; untaban los carrillos á los ídolos con ulli, y tal estatua había que le quedaba la costra de dos dedos de aquella goma.

Cuando hacían la fiesta de Tititli bailaban todos los hombres y mujeres tres días con sus noches, y bebían hasta caer; mataban muchos cativos de los presos en las guerras de léjos tierras.

Sacrificios de hombres.

Por honra y servicio del ídolo de fuego regocijaban la fiesta que llaman Xocotheueci, quemando hombres vivos. En Tlacopan, Coyouacan, Azcapuzalco, y otros muchos pueblos, levantaban la vispera de la fiesta un gran palo rollizo como mástil; hincábanlo en medio del patio ó á la puerta del templo; hacían aquella noche un ídolo de toda suerte de semillas, envolviéndolo en mantas benditas, y liábanlo porque no se deshiciese, y á la mañana poníanlo encima del palo. Traían luego muchos esclavos de guerra ó comprados, atados de piés y manos; echábanlos en una muy grande hoguera que para tal efecto tenían ardiendo; y medio asados, los sacaban del fuego, y los abrían, y sacaban los corazones, para hacer las otras solemnidades; bailaban tras esto el día todo al rededor del palo, y á la tarde derribaban el mástil con su dios en tierra; cargaba luego tanta gente por tomar algun granillo ó migaja del ídolo, que muchos se ahogaban. Creían que comiendo de aquello los hacia valientes hombres.

En la fiesta de Izcalli sacrificaban muy muchos hombres, y todos esclavos y cativos, á reverencia del dios del fuego. La principal ceremonia era vestir á un prisionero los vestidos del dios del fuego, y bailar mucho con él, y cuando andaba cansado matábanlo tambien como á sus compañeros.

Donde mas cruelmente solemnizan esta fiesta, es en Cuahutitlan; aunque no la celebran cada año, sino de cuatro en cuatro años. A las visperas desta fiesta hincaban seis árboles muy altos en el patio, que todos los vieses, y los sacerdotes degollaban dos mujeres esclavas delante los ídolos en lo alto de las gradas; desollábanlas enteras y con sus caras, hendíanles los muslos y sacábanles las canillas. Otro día luego de mañana tornaban todos al templo á los oficios; subían dos hombres principales del pueblo á lo alto, y vestíanse los cueros de aquellas desolladas; cubrían sus caras con las dellas, como máscaras; tomaban sendas canillas en



cada mano, y muy paso á paso bajaban las gradas, pero bramando. Estaba la gente como atónita de verlos abajar así, y todos á voz en grito decían: «Ya vienen nuestros dioses, ya vienen nuestros dioses, ya vienen.» En llegando al suelo tañían los atabales, huesos y bocinas, y ataban á los enmascarados cada sendas codornices sacrificadas, por unos agujeros que les hacían en los cueros del brazo de las muertas; y muchos pliegos de papel pintados, y pegados uno con otro á la fila, y prendidos de las espaldas. Iban estos dos hombres bailando por todo el pueblo, y á cada puerta y canton les echaban codornices, como en ofrenda, sacrificándolas; cogían las codornices, que infinitas eran, cenábaselas los dos revestidos, y los sacerdotes y hombres principales del pueblo con el señor; la razón por que había tanta codorniz era porque venían á la fiesta con mucha devoción los de la comarca, y aun de diez y mas leguas aparte. Aspaban también el mismo día seis presos en guerra; empicotábanlos en lo mas alto de los seis árboles que habían puesto el día antes; asaeteábanlos luego muchos flecheros, derribaban los árboles, y hacíanse mil pedazos los huesos, y así como estaban los sacrificaban, sacándoles el corazón y haciendo las otras ceremonias que suelen; arrastrábanlos después, y en fin los degollaban. De la manera que mataban estos, mataban otros ochenta y aun ciento aquel mismo día, y todos de seis en seis; jamás se oyó semejante crueldad. Dejaban á los sacerdotes las cabezas y corazones que comiesen ó enterrasen, y llevábanse los cuerpos á casa de los señores, y otro día tenían banquete con ellos, y grandes borracheras. También sacrificaban mas allá de Xalisco hombres á un ídolo como culebra enroscada, y quemándolos vivos, que es lo mas cruel de todo, y se los comían medio asados.

Otros sacrificios de hombres.

La mayor solemnidad que hacían por año en Méjico era al fin de su catorceno mes, á quien llaman panquezaliztli; y no solo allí, pero en toda su tierra la celebraban pomposamente, ca estaba consagrada á Tezcaltlipuca y á Vitcilopuchtli, los mayores y mejores dioses de todas aquellas partes; dentro del cual tiempo se sangran muchas veces de noche, y aun entre día, unos de la lengua, por donde metían pajuelas; otros de las orejas, otros de las pantorrillas, y finalmente, cada uno de donde quería y mas en devoción tenía. Ofrecían la sangre y oraciones con mucho incienso á los ídolos, y después sahumábanlos. Eran obligados de ayunar todos los legos ocho días, y muchos entraban al patio como penitentes para ayunar todo un año entero y para sacrificarse de los miembros que mas pecaban. Entraban asimismo algunas mujeres devotas á guisar de comer para los ayunadores. Todos estos tomaban su sangre en papeles, y con el dedo rociaban ó pintaban los ídolos de Vitcilopuchtli y Tezcaltlipuca y otros sus abogados. Antes que amaneciese el día de la fiesta venían al templo todos los religiosos de la ciudad y criados de dioses, el Rey, los caballeros y otra infinita gente, en fin, pocos hombres sanos dejaban de ir. Salía del templo el gran Achcahutli con una imagen pequeña de Vitcilopuchtli muy arreada y galana, poníanse todos en

rengle, y caminaban en procesion. Los religiosos iban con las sobrepellices que usan, unos cantando, otros incensando; pasaban por el Tlatelulco; iban á una ermita de Acolman, donde sacrificaban cuatro cativos. De allí entraban en Azcapuzalco, en Tlacopan, en Chapultepec y Vicilopuchco, y en un templo de aquel lugar, que estaba fuera en el camino, hacían oración, y mataban otros cuatro cativos con tantas ceremonias y devoción, que lloraban todos. Volvíanse con tanto á Méjico, después de haber andado cinco leguas en ayunas, á comer. A la tarde sacrificaban cien esclavos y cativos, y algunos años docientos. Un año mataban menos, otras mas, segun la maña que se daban en las guerras á captivar enemigos. Echaban á rodar los cuerpos de cativos las gradas abajo. A los otros, que eran de esclavos, llevaban á cuestras. Comían los sacerdotes las cabezas de los esclavos y los corazones de los cativos. Enterraban los corazones de los esclavos, y descarnaban los de los cativos para poner en el hosar. Daban con los corazones destos en el suelo, y echaban los de aquellos hacía el sol, que también en esto los diferenciaban, ó tirábanlos al ídolo cuya era la fiesta; y si le acertaban en la cara era buena señal. Por festejar la carne de hombres que comían, hacían grandes bailes y se emborrachaban.

Por el mes de noviembre, cuando ya habían cogido el maíz y las otras legumbres de que se mantienen, celebran una fiesta á honor de Tezcaltlipuca, ídolo á quien mas divinidad atribuyen. Hacían unos bollos de masa de maíz y simiente de ajénjos, aunque son de otra suerte que los de acá, y echábanlos á cocer en ollas con agua sola. Entre tanto que hervían y se cocían los bollos, tañían los moxachos un atabal, y cantaban sus ciertos cantares al rededor de las ollas; y en fin decían: «Estos bollos de pan ya se tornan carne de nuestro dios Tezcaltlipuca;» y después comíanse los con gran devoción.

En los cinco días que no entran en ningún mes del año, sino que se andan por sí para igualar el tiempo con el curso del sol, tenían muy gran fiesta, y regocijábanla con danzas y canciones y comidas y borracheras, con ofrendas y sacrificios que hacían de su propia sangre á las estatuas que tenían en los templos y tras cada rincón de sus casas; pero lo sustancial y principalísimo della era ofrecer hombres, matar hombres y comer hombres; que sin muerte no había alegría ni placer.

Los hombres que sacrificaban vivos al sol y á la luna porque no se muriesen, como habían hecho otras cuatro veces, eran infinitos, porque no les sacrificaban un día solamente, sino muchos entre año; y al lucero que tienen por la mejor estrella mataban un esclavo del Rey el día que primero se les demostraba, y descúbrenlo en otoño, y venle docientos y sesenta días. Atribúyenle los hados; y así, agüeran por unos signos que pintan para cada día de aquellos docientos y sesenta. Creen que Topilcin, su rey primero, se convirtió en aquella estrella. Otras cosas y poesías razonaban sobre este planeta; mas porque para la historia bastan las dichas, no las cuento; y no solo matan un hombre al nacimiento desta estrella, mas hacen otras ofrendas y sangrías, y

los sacerdotes le adoran cada mañana de aquellas, y sahuman con inciensos y sangre propia, que sacan de diversas partes del cuerpo.

Quando mas se sangraban estos indios, antes cuando nadie quedaba sin sangrías ni lancetadas, era habiendo eclipse del sol, que de luna no tanto, ca pensaban que se quería morir. Unos se punzaban la frente, otros las orejas, otros la lengua; quién se jababa los brazos, quién las piernas, quién los pechos; porque tal era la devoción de cada uno, aunque también iban aquellas sangrías segun usanza de cada villa; ca unos se picaban en el pecho y otros en el muslo, y los mas en la cara; y entre los mismos vecinos de un pueblo era mas devoto el que mas señales tenía de haberse sangrado, y muchos andaban agujeradas las caras como harnero.

De una fiesta grandísima.

La fiesta que con mas sacrificados solemnizaban en Méjico era de cincuenta y dos en cincuenta y dos años; y como á día de grandísima santidad, venían á ella de diez y de veinte leguas aparte los que no la celebraban en sus pueblos. Mandaba el Achcahutli mayor que mataban con agua todos los fuegos de los templos y casas, sin quedar una sola brizna, y también aquel gran brasero del dios de masa, que nunca se moría; que si moría, mataban al religioso que tenía cargo de atizarlo, sobre el mismo brasero. Este matar de fuegos hacían la postrera tarde de los cincuenta y dos años. Iban muchos tlamacazques de Vitcilopuchtli á Iztacpalapan, dos leguas de Méjico. Subían á un templo que está en el serrejon Vixachtli, á quien Moteczuma tuvo grandísima devoción; y después de media noche, ya que comenzaba día, año y tiempo nuevo, sacaban lumbre de tlecuahuitl, que es palo de fuego, y sacábanla con un palillo como jugadera, metido de punta por entre dos leños secos, atados juntos y echados en el suelo, y traído á la redonda muy apriesa como taladro. Aquel mucho mecer y frotar causa tanto calor, que se encienden los leños. Sacada pues la nueva lumbre, y hechas todas las otras ceremonias que se requieren y usan, tornaban aquellos sacerdotes á Méjico muy corriendo con los tizones ó ascuas; poníanlas delante el altar de Vitcilopuchtli con mucha reverencia, hacían gran fuego, sacrificaban un cativo en guerra, con cuya sangre rociaba el sacerdote mayor el nuevo fuego, á manera de bendición. Tras esto llegaban todos, y cada uno llevaba lumbre á su casa, y los forasteros á sus pueblos. Luego en siendo día sacrificaban en el lugar acostumbrado y con los ritos que suelen, cuatrocientos esclavos y cativos, si los había de guerra, y comíanse los.

La gran fiesta de Tlaxcallan.

Casi las mismas fiestas de Méjico y ritos de sacrificar hombres tenían en Tlaxcallan, Huexocinco, Chololla, Tepeacac, Zacatlan y otras ciudades y repúblicas, sino que variaban los nombres á los mas días y dioses. Es verdad que mataban mas niños por año para los dioses del agua Tlaloc, Matlalcuie y Xuchiquezatl, y que en una fiesta asaeteaban un hombre puesto en una cruz, y en otra acañavereaban otro en una cruz baja, y en otra desollaban dos mujeres muertas en sacrificio; vestíanse

los cueros dos sacerdotes mozos y ligeros; corrían por el patio y por las calles de la ciudad tras los caballeros y bien vestidos; y al que alcanzaban quitábanle las mantas, plumajes y joyas que para honrar la fiesta se habían puesto. Empero la gran fiesta suya era de cuatro en cuatro años, que llaman Teuxiuitl, y que quiere decir año de Dios, y que cae al principio de un mes correspondiente á marzo. Al dios en cuyo honor se hacía dicen Camaxtle, y por otro nombre Mixcouath. Trae la fiesta ciento y sesenta días de ayuno para los sacerdotes, y para los legos ochenta. Antes de comenzar el ayuno predicaba el Achcahutli mayor á sus hermanos, esforzándolos al trabajo venidero, amonestándoles fuesen los criados de Dios que debían, pues habían entrado allí á serville; y en fin, les decía cómo era llegado el año de su dios para hacer penitencia; por tanto, el que se sintiese flaco ó indevoto saliese del patio de Dios dentro de cinco días, y no sería culpado ni amenguado por ello; mas que si después se salía, habiendo comenzado el ayuno y penitencia, sería tenido por indigno del servicio de los dioses y de la compañía de sus siervos, y privado del oficio y honra clerical, y sus bienes confiscados. Pasado el quinto día de plazo, preguntábanles si estaban todos, y si querían ir con él. Respondían que sí; y con tanto iban con el Achcahutli docientos y trecientos y mas clérigos á una sierra, cuatro leguas de Tlaxcallan, muy áspera y alta. Quedábanse todos los tlenamacagues, antes de acabarla de subir, orando, y el Achcahutli subía solo. Entraba en un templo de Matlalcuie, y ofrecía al ídolo con grandísima reverencia esmeraldas, plumas verdes, incienso y papel. Tornábase á la ciudad. Ya para entonces estaban en el templo todos los servidores de ídolos que había en el pueblo, con muchos haces de palos. Comían todos muy bien y bebían no poco; que aun el ayuno estaba por entrar. Llamaban luego muchos carpinteros, que también hubiesen ayunado y rezado cinco días, para alisar y aguzar aquellos palos. Ibanse estos después de haber hecho su oficio, y venían los navajeros, ayunos asimismo. Sacaban y afilaban muchas navajas y lancetas de azabache, y poníanlas sobre mantas limpias y nuevas. Si alguna dellas se quebraba primero que se acabase, vituperaban al maestro, diciendo que no había ayunado. Los sacerdotes perfumaban aquellas nuevas navajas, y poníanlas al sol en las mismas mantas. Cantaban unos cantares regocijados al son de ciertos atabalejos. Callaban los atabales, y cantaban otro cantar triste, y luego lloraban muy recio. Iban entonces todos, unos tras otros, como quien toma ceniza, á un sacerdote que estaba en la mas alta grada; el cual horadaba, como hombre diestro en el oficio, la lengua de cada uno por medio con su navaja, que para eso hacían tantas. Arrodiábanse á Camaxtle, y comenzaban á pasar palos por las lenguas. Cada uno pasaba segun su estado, ó tiempo que servía al ídolo; quién ciento, quién docientos; pero el Achcahutli y los viejos metían aquel día cada cuatrocientos y cinco palos de aquellos mas gordos por el agujero de las lenguas. Quando acababan este sacrificio era mas de media noche. Cantaba luego el Achcahutli, y respondían los otros barullando; que la sangre y dolor no les dejaba libre la voz. Ayu-



naban veinte dias, comiendo muy poquito, y hacian de manera que no se les cerrase el agujero de la lengua, porque á los veinte dias, y cuarenta, y á los sesenta, y á los ochenta habian de sacar por él otras cada tantas varas cuantas el primero. Así que se sacrificaban cinco veces desta mesma manera en ochenta dias, y montaban las varas, que solo el Achcahutli ensangrentaba dos mil y veinte. Al cabo de los ochenta dias ponian un ramo en el patio, que todos lo viesan, para que todos ayunasen los otros ochenta dias que quedaban hasta la Pascua. Y no dejaba nadie de ayunar, como era su costumbre, comiendo poco y bebiendo agua. No podian comer chili, que es manjar caliente, ni bañarse, ni tocar á mujer, ni apagar el fuego; y en casa de los señores, como Maxicacin y Xicotencatl, si el fuego se moria, mataban al esclavo que lo atizaba, y derramaban la sangre en el hogar. Aquel mesmo dia que ponian el ramo hincaban ocho varales grandes en el patio, como virlos, y echaban en medio dellos todas sus varas ensangrentadas para quemar después; pero primero las presentaban á Camaxtle como ofrenda. En los segundos ochenta dias se metian eso mesmo pajas aquellos sacerdotes por las lenguas; mas no tantas como antes, ni tan gordas, sino como cañones. Cantaban siempre, y respondian con voz lastimera. Salian á pedir por las aldeas con ramos en las manos, y dábanles como en limosna mantas, plumas y cacao. Encalaban y lucian muy bien todas las paredes del templo, patio y salas; y tres dias antes de la fiesta se pintaban los sacerdotes, unos de blanco, otros de negro, otros de verde, otros de azul, otros de colorado, otros de amarillo, y otros de otro color; en fin, ellos parecian extrañamente, porque allende de las muchas colores, se hacian mil figuras por el cuerpo, de diablos, sierpes, tigres, lagartos y semejantes cosas. Bailaban todo el dia de la víspera sin parar; venian algunos clérigos de Chololla con las vestiduras de Quezalcoatl, vestian á Camaxtle y otro dios-cillo á par dél. Camaxtle era tres estados alto, y el otro ídolo parecia niño; pero teníanle tanto respeto, que no le miraban á la cara. Ponian á Camaxtle muchas mantillas, y sobrellas una tecuxicoalli grande, y abierta por delante, á manera de loba, con aberturas para los brazos, y con un ruedo muy bien labrado, de hilo de pelos de conejo, que llaman tohomiltl, y luego una capa sin capilla, como allá usan. Una máscara que diz que trajeron de Puyahutla, veinte y ocho leguas de allí, los primeros pobladores; de donde fué natural el mesmo Camaxtle. Poníanle un grandísimo penacho verde y colorado, una muy gentil rodela de oro y pluma en el brazo izquierdo, y en la mano derecha una gran saeta con la punta de pedernal. Ofrecíanle muchas flores, rosas é incienso. Sacrificábanle muchos conejos, codornices, culebras, langostas, mariposas y otras cazas. A media noche se revestia un sacerdote, y sacaba lumbre nueva, y santificábala con la sangre de un cativo principal, que degollaba, á quien decian hijo del sol, por haber muerto en tan bendito dia. Ibanse los sacerdotes cada uno á su templo con de aquella nueva lumbre, y allá sacrificaban hombres á sus ídolos. En el templo de Camaxtle, que está en el barrio de Ocolelulco, mataban cuatrocientos y cinco presos de guerra,

que tantas varas se pasó por la lengua el gran Achcahutli. En el barrio de Tepetiepac mataban ciento, y casi cada otros tantos en los barrios de Tizatlan y Quiahuytlan; y no habia pueblo, de veinte y ocho que tiene, donde no matasen algunos. En fin, dicen que mataban y comian los de Tlaxcallan y su provincia aquel dia y fiesta de Camaxtle, que celebran de cuatro en cuatro años, novecientos y aun mil hombres. Los sacerdotes se desayunaban con aquella bendita carne, y los legos hacian grandes banquetes y borracheras. Eran grandísimos carniceros estos de Tlaxcallan, y muy valientes en la guerra. Tenian por valentía y honra haber prendido y sacrificado muchos enemigos, como quien dice haber vencido muchos campos, ó tener muchas heridas por la cara, recibidas en batalla. Tal tlaxcalteca habia cuando Cortés entró allí, que tenia muertos en sacrificio cien hombres, presos con sus propias manos.

La fiesta de Quezalcoatl.

Chololla es el santuario desta tierra, donde iban en romería de cincuenta, y cien leguas; y dicen que tenia trecientos templos entre chicos y grandes, y aun para cada dia del año el suyo. El templo que comenzaron para Quezalcoatl era el mayor de toda la Nueva-España, que segun cuentan, lo querian igualar con el serrejon que llaman ellos Popocatepec, y con otro que por tener siempre nieve, dicen Sierra-Blanca. Querian ponerle su altar y estatua en la region del aire, pues le adoraban por dios de aquel elemento; empero no lo acabaron, á causa, á lo que ellos mismos afirmaban, que edificando á la mayor priesa vino grandísima tempestad de agua, truenos, relámpagos, y una piedra con figura de sapo. Parecióles que los otros dioses no consentian que aquel se aventajase en casa; y así, cesaron. Todavía quedó muy alto. Tuviron de allí adelante al sapo por dios, aunque lo comen: aquella piedra que dicen, tenian por rayo; porque muchas veces, después que son cristianos, han caído terribles rayos allí. Celebran la fiesta del año de Dios, que cae de cuatro en cuatro años, en nombre de Quezalcoatl; ayuna el gran Achcahutli cuatro dias, sin comer mas de una vez al dia, y aquella un poco de pan y un jarro de agua; gasta todo aquel tiempo en oraciones y sangrías. Tras aquellos cuatro dias comienzan el ayuno de ochenta dias arreo, antes de la fiesta. Enciérranse los llamacazques en las salas del patio con sendos braseros de barro, mucho incienso, puas y hojas de metl, y tizne ó tinta de bija. Siéntanse por órden en unas esteras á raíz de las paredes; no se levantan sino para hacer sus necesidades; no comen sal ni ají, ni ven mujeres; no duermen en los primeros sesenta dias mas de dos horas á prima noche y otras tantas á primo dia. Su oficio era rezar, quemar incienso, sangrarse muchas veces al dia de muchas partes de su cuerpo, y cada media noche bañarse y teñirse de negro. Los postreros veinte dias, ni ayunaban tanto ni comian tan poco. Ataviaban la imagen de Quezalcoatl riquísimamente con muchas joyas de oro, plata, piedras y plumas, y para esto venian algunos sacerdotes de Tlaxcallan, con las vestimentas de Camaxtle; ofrecíanle la noche postrera muchos sartales

De la conversion.

y guirnalda de maíz y otras yerbas; mucho papel, muchas codornices y conejos. Para celebrar la fiesta vestíanse todos luego por la mañana muy galanes; no mataban muchos hombres, porque Quezalcoatl vedó el tal sacrificio, aunque todavía sacrificaban algunos.

Los ayunos de Teouacan.

Otra manera de ayuno tenian en la provincia de Teouacan, muy grande y muy diversa de todas las dichas. De cuatro en cuatro años, que es, como dicen ellos, el año de Dios, entraban cuatro mancebos á servir en el templo; no vestian mas de una sola manta de algodón, y aquella de año en año, y unas bragas; la cama era el suelo, la cabecera un canto. Comian á mediodía sendas tortillas de pan y una escudilla de atulli, brebaje que hacen de maíz y miel. De veinte en veinte dias, que comienza mes, y es fiesta ordinaria, podian comer y beber de todo. Una noche velaban los dos, y otra los otros dos; pero no dormian en toda la noche de la vela, y sangrábanse cuatro veces para ofrecer la sangre con oraciones. Cada veinte dias se metian por un agujero que se hacian en lo alto de las orejas, cada sesenta cañas largas. Al cabo de los cuatro años tenia cada uno cuatro mil y trecientas y veinte cañas metidas por sus orejas. Montaban las de todos cuatro ayunadores diez y siete mil y docientas y ochenta cañas. Quemábanlas en acabando su ayuno con mucho incienso, para que los dioses gustasen de aquella suavidad. Si alguno dellos moria durante los cuatro años, entraba otro en su lugar; pero tenian que seria mortandad de señores. Si participaba con mujer, matábanlo á palos de noche, y á furia de pueblo, y delante los ídolos; quemábanlo y esparcian los polvos por el aire para que no quedase memoria de tal hombre, pues no pudo pasar cuatro años sin llegar á mujer, habiendo pasado toda la vida Quezalcoatl, por cuya remembranza comenzó el ayuno. Con estos ayunadores se holgaba mucho Moteczuma, y los tenia por santos. Cuentan dellos que conversaban siempre con el diablo, que adivinaban grandes cosas y que veian maravillosas visiones; pero la mas continua era una cabeza con muy largos cabellos, por lo cual debian de criar cabello largo todos los sacerdotes desta tierra.

No dejaré de contar otro sacrificio de moradores, aunque feo, por ser extrañísimo. Habia muchos mancebos por casar de Teouacan, Teutillan, Cuzcatlan y otras ciudades, que ó por devotos ó por animosos ayunaban muchos dias, y después hendíanse con agudas navajas el miembro por entre cuero y carne cuanto podian, y por aquella abertura pasaban muchos bejucos, que son como sarmientos ó mimbres, gordos y largos, segun la devocion del penitente; unos diez brazas, otros quince, y algunos veinte; quemábanlos luego, ofresciendo el humo á los dioses. Si alguno desmayaba en aquel paso no le tenian por virgen ni por bueno, y quedaba infamado y por fermentado.

Tal cual veis era la religion mejicana. Nunca hubo, á lo que parece, gente mas, ni aun tan idólatra como esta; tan matahombres, tan comehombres; no les faltaba para llegar á la cumbre de crueldad sino beber sangre humana, y no se sabe que la bebiesen.

¡Oh, cuántas gracias deben dar estos hombres á nuestro buen Dios, que tuvo por bien alumbrarlos para salir de tanta ceguedad y pecados, y darles gracia que conociendo y dejando su error y crueldades, se volvieran cristianos! Oh, cuánto deben á Fernando Cortés, que los conquistó! Oh, qué gloria de españoles, haber arrancado tamaños males, y plantado la fe de Cristo! Dichosos los conquistadores y dichosísimos los predicadores; aquellos en allanar la tierra, estos en cristianar la gente! ¡Felicidad grandísima de nuestros reyes, en cuyo nombre tanto bien se hizo! ¡Qué fama, qué loa será de Cortés! El quitó los ídolos, él predicó, él vedó los sacrificios y tragazon de hombres. Quiero callar; no me achaquen de afición ó lisonja. Empero si yo no fuera español, loara los españoles, no cuanto ellos merecen, sino cuanto mi ruda lengua é ingenio supieran. Tantos en fin han convertido cuantos conquistado. Unos dicen que se han bautizado en la Nueva-España seis millones de personas, otros ocho, y algunos diez. Mejor acertarian diciendo cómo no hay por cristianar persona en cuatrocientas leguas de tierra, muy poblada de gente: loado nuestro Señor, en cuyo nombre se bautizan; así que son españoles dignísimos de alabar, ó mejor hablando, alaben ellos á Jesucristo, que los puso en ello. Comenzóse la conversion con la conquista, pero convertíanse pocos, por atender los nuestros á la guerra y al despojo, y porque habia pocos clérigos. El año de 24 se comenzó de veras con la ida de fray Martín de Valencia y sus compañeros; y el de 27, que fueron allá fray Julian Garcés, dominico, por obispo de Tlaxcallan, y fray Juan Zumarraga, francisco, por obispo de Méjico, se llevó á hecho; ca hubo muchos frailes y clérigos. Fué trabajosa la conversion al principio por no entender ni ser entendidos; y así, procuraron de mostrar el castellano á los mas nobles mo-chachos de cada ciudad, y de aprender el mejicano para predicar. Tuvo eso mesmo dificultad grandísima en quitar del todo los ídolos, porque muchos no los querian dejar habiéndolos tenido por dioses tanto tiempo, y diciendo que bien bastaba poner con ellos la cruz y á María, que así llamaban entonces á todos los santos y aun á Dios; y que tambien podian tener ellos muchos ídolos, como los cristianos muchas imágenes; por lo cual los escondian y soterraban, y para encobrirlo ponian una cruz encima, y porque si los tomasen orando pareciese que adoraban la cruz; mas como eran por esto aperreados y perseguidos, y porque habiéndoles quebrado los ídolos y destruido los templos, les hacian ir á las iglesias, dejaron la idolatría. Sosteníanlos mucho el diablo en aquello, diciéndoles que si le dejaban no lloveria, y que se levantasen contra los cristianos; que les ayudaria él á matarlos. Algunos hubo que tomaron su consejo, y libraron mal. Dejar las muchas mujeres fué lo que mas sintieron, diciendo que ternian pocos hijos en sendas, y así habria menos gente, y que hacian injuria á las que tenian, pues se amaban mucho, y que no querian atarse con una para siempre si fuese fea ó estéril, y que les mandaban lo que ellos no hacian, pues cada cristiano tenia cuantas queria, y que fuese lo de las mujeres como lo de los ídolos, que ya que les quitaban unas imá-